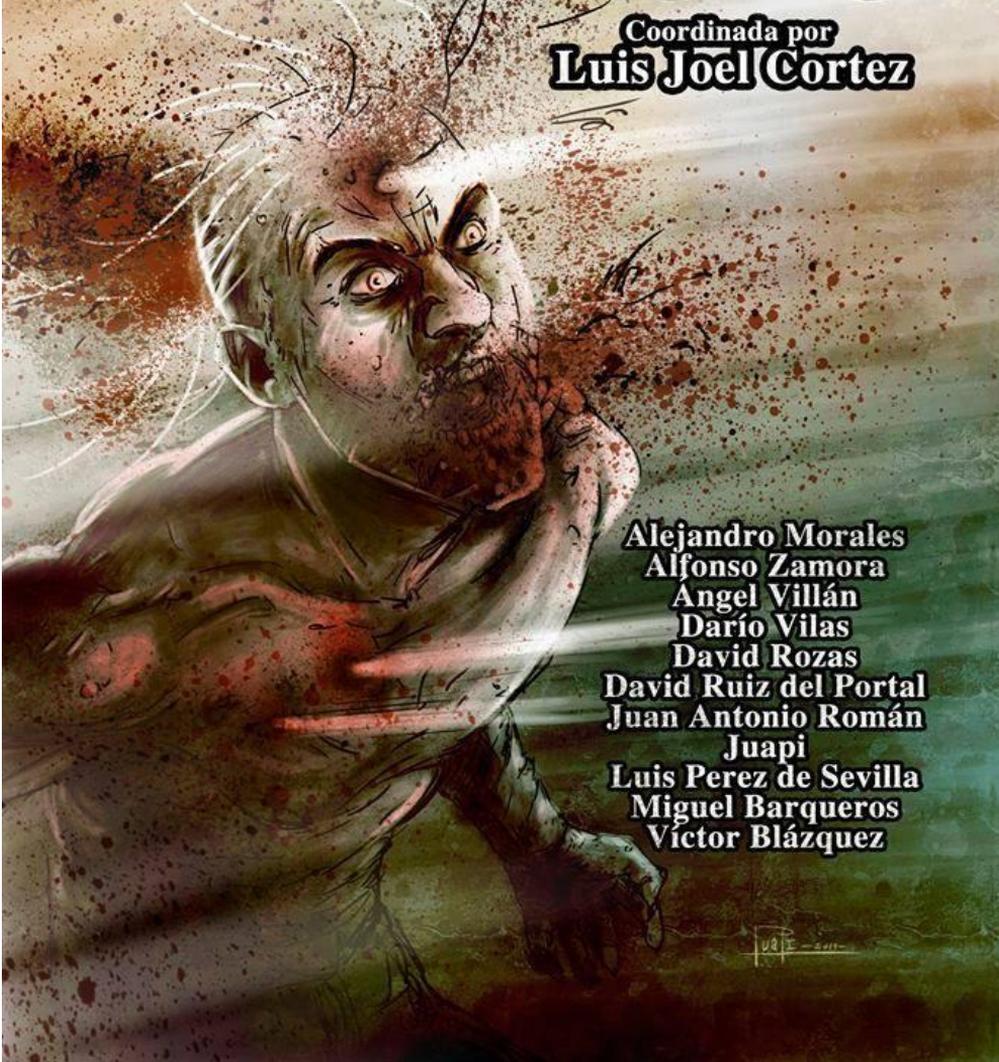


I Hispano Antología **Zombie**

Coordinada por
Luis Joel Cortez



Alejandro Morales
Alfonso Zamora
Angel Villán
Darío Vilas
David Rozas
David Ruiz del Portal
Juan Antonio Román
Juapi
Luis Perez de Sevilla
Miguel Barqueros
Victor Blázquez

URF - 2011

Ediciones **E**ATER

Escritores **A**pocalípticos y de **T**error.

HISPANO
ANTOLOGÍA ZOMBIE

I HISPANO ANTOLOGÍA ZOMBIE

Coordinada por Luis Joel Cortez

Ediciones
EATER

I Hispano Antología Zombie.

Una edición de: **EATER** – Escritores Apocalípticos y de Terror.

Primera edición: Noviembre, 2014.

Coordinada y editada por: Luis Joel Cortez.

Corrección por: Alejandro Morales y David Rozas Genzor.

Diseño e ilustración de portada: Juapi.

Ilustraciones adicionales por: Juapi.

Maquetación interior: Luis Joel Cortez.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida ni distribuida por sistema electrónico o mecánico alguno sin previa autorización escrita de su propietario o el editor, salvo para uso informativo.

Todos los personajes, sucesos y derechos intelectuales de los relatos pertenecen única y exclusivamente a los autores de los mismos.

El mundo comenzó sin el hombre y terminará sin él
Claude Lévi-Strauss

Índice

Introducción.	11
Solo esos gemidos – Juan A. Román.	13
Hijos de Eduardo – Darío Vilas.	25
28 horas después – Ángel Villán.	31
Huma-no – Víctor Blázquez.	45
El Legado de Christie: Camino a Jersey – De Portal, Rozas y Juapi.	57
Cuando cae la noche – Alfonso Zamora.	95
Proyecto Enjambre – Rubén González.	111
Planeta 606 – Carlos Monje.	153
Lo que te espera al final del río – Miguel Barqueros.	199
El coste de la fama – Luis Pérez de Sevilla.	235
Tras el cristal – Kiko Labiano.	247
Un cesto de manzanas podridas – Javier Fernández.	265
Los extraños sucesos de St. Andrew’s Church – Alejandro Morales.	285

El hambre – David Rozas.331

El viejo norte – Oscar de Marcos.375

INTRODUCCIÓN

Hay muchas antologías como ésta, pero aún así no puedo dejar de señalar que la presente es especial, pues surge con la intención de reunir a los autores más representativos del género zombie sin importar su nacionalidad. Todo esto ha sido posible gracias al entusiasmo y la buena voluntad de grandes escritores del género, quienes sin dudar lo prestaron su ayuda. Muchos colaboraron, unos escribiendo, otros como jurados, correctores o difusores. A todos ellos muchas gracias, ya que sin sus valiosos aportes, estas líneas simplemente no existirían.

No sabemos hasta dónde llegará esto, sin embargo, queremos que quienes lo lean puedan vivir (y disfrutar) el horror en carne propia, tanto de los supervivientes como de los mismos zombis, durante su transformación y (posible) toma de consciencia de su nueva condición.

¿Sobreviviremos, nos adaptaremos o tan solo moriremos?

SÓLO ESOS GEMIDOS

Juan Antonio Román, España.

—¡Terminad con eso de una vez, tiene que salir ya al plató! —gritó el regidor del programa.

—Pero si falta todavía más de una hora para las noticias. Aún queda tiempo.

—No, saldrás ya.

Álvaro se sorprendió del tono con que le había hablado Miguel; un tono cortante y nervioso que nunca le había oído utilizar. Miguel era uno de los mejores en su puesto, por no decir el mejor, el más experimentado. Le había enseñado todos los trucos sobre la iluminación en plató y maneras para resultar más atrayente al espectador, así como algún que otro modo para evitar el sudor bajo los focos; recursos que incluso los profesionales en la materia a veces desconocían. Nunca le había gritado, y eso en un hombre de su talante ya era algo. Álvaro, en cambio, era presentador en las noticias de la noche. A las nueve se colocaba en su silla para dar rienda suelta a los sucesos ocurridos a lo largo del día. Se congratificaba pensando que era bastante bueno; después de tres años en directo, ya no quedaban misterios que no pudiera comentar de la manera más profesional frente a las cámaras.

—Debe ser algo muy serio —comentó a la chica que le maquillaba todas las tardes.

El presentador salió del camerino para dirigirse hacia el plató, cada vez más preocupado. Todos a su

alrededor corrían de un lado a otro; cables, cámaras, operarios, todo se movía en una rápida coreografía por los estudios. Se percibía algo anómalo en el ambiente.

—¡Vamos, Álvaro, que es para hoy! —le conminó Miguel a que se apurara.

Álvaro se sentó tras la mesa que le acompañaba todas las noches y ojeó las notas en el papel. No ponía nada, lo cual no le sorprendió, ya que actualmente la lectura de las noticias se presentaba casi en su mayoría desde una pantalla que se hallaba justo debajo de la cámara a la que se dirigía; aun así, le habría gustado encontrar los titulares destacados. Al menos para saber qué estaba pasando.

—¿Ha habido un atentado? —preguntó a la cámara que terminaba de poner a punto su herramienta de trabajo.

—No, creo que no, pero tampoco lo aseguro —fue la escueta respuesta.

Álvaro jugueteó con los papeles mientras terminaban de colocarle lo que se conocía coloquialmente como petaca, terminaban de medir la luz y apagaban las luces sobrantes. Cuando todo el mundo salía de la sala, Miguel se dirigía a él en voz baja.

—Por favor, Álvaro, lee lo que hay en el CUE.

—Pero, ¿qué pasa?

—¡Tú léelo!

Le lanzaba a la oscuridad sin siquiera darle una mínima noción de lo que ocurría. Vio cómo hacía gestos con la mano, señalizando los segundos que faltaban para estar en directo, cogió aire y comenzó la lectura.

—Buenas noches. Como pueden comprobar, nos ponemos en contacto con ustedes algo antes esta noche, por la necesidad y la obligación que se merecen a la

información. Hoy, a lo largo del día, extraños sucesos han venido ocurriendo y no hemos parado de recibir en nuestra redacción cientos de informes ciertamente preocupantes. Sabemos que es difícil de creer, pero los muertos están regresando a la vida... ¿Cómo? —exclamó, dejando de mirar a la pantalla con gesto interrogante.

Todo el mundo en la redacción parecía haberse quedado petrificado; nadie daba crédito a lo que acababan de escuchar, incluso se pudo oír una carcajada vedada entre el personal del fondo. El presentador titubeó en dirección a Miguel, y éste le hizo gestos frenéticos, indicándole que siguiera con la noticia. Álvaro devolvió la mirada a la cámara para ver en el CUE que el texto había seguido avanzando sin que le diera tiempo a nadie a pararlo. Recolocó los papeles que tenía sobre la superficie de la mesa, notó el sudor frío que recorría su cuello, sintió el vacío a ese lado de las luces. Se había quedado en blanco.

—Eeh... nadie conoce los resultados, pero podría ser el motivo de este suceso. —Siguió leyendo el texto, aunque tras aquellos momentos de estupor se notaba la lectura ciertamente inconclusa.

Miguel le indicó la paleta de piezas, para que supiera por dónde continuar; rápidamente, Álvaro se recuperó del mal trago y, mostrando mayor seguridad, continuó con profesionalidad.

—Daremos paso a continuación al equipo que cubre la noticia desde la calle.

Cogió los papeles y los lanzó al suelo con desaire, mientras Miguel se acercaba encaminándose hacia él.

—¿Cómo se te ocurre hacerme esto? ¡Me has vendido!

—Es cierto, Álvaro, toda esa mierda es verdad...

—comentaba Miguel, cuando un extraño gemido dejaba la mitad de la frase en el aire. En la pantalla de la redacción se veían las imágenes del equipo móvil, que se encontraba frente a la entrada de un portal. En ese momento estaban llamando a la puerta, mientras el reportero radiaba la situación.

—¿Cómo va a ser cierto? ¿Los muertos levantándose? Miguel, en serio, pero cómo quieres... — En ese momento un grito de dolor cortaba a Álvaro en mitad de la frase. Miró a la pantalla para ver cómo alguien con aspecto pútrido mordía el brazo con el que el reportero sujetaba el micro. La cámara caía al suelo para dejar de enfocar todo lo que estaba sucediendo, mientras seguían escuchándose esos gemidos desde la conexión.

La imagen se desvaneció, dejando en la pantalla tan sólo estática.

Desde la sala de edición cortaron la conexión y la imagen volvió a la cámara del estudio, que encuadraba al presentador. Álvaro, estupefacto y pálido, aun con el maquillaje, trató de recomponerse rápidamente del terror que sentía en ese momento.

—Señores televidentes, nunca me había encontrado nada similar. No cambien de canal, seguiremos informándoles.

La luz volvió al plató para indicar a todos que no estaban en directo. Álvaro se quedó sentado en su silla, pensando en lo que había visto, pero sobre todo en los gritos que había oído. Los mismos gritos que habrían oído sus hijas en casa. A ellas les gustaba ver a su padre cada

vez que salía en la tele, y cuando él regresaba, si seguían despiertas, cosa que no sucedía demasiado a menudo, le contaban lo que más les había gustado; su mujer, en cambio, le recordaba los errores que había cometido, los titubeos, las pausas demasiado largas... Debían estar horrorizadas.

—Álvaro, ¿estás bien? —le preguntó Miguel.

—Le ha mordido el brazo —acertó a responder el presentador sin dejar de mirar la pantalla.

El regidor le observó nervioso, sin saber cómo debía reaccionar.

—Álvaro, ¿estás bien? —volvió a interesarse.

—Sí, sólo algo preocupado.

—Quizá deberías llamar a casa. La noche promete ser larga.

—Enseguida.

Álvaro se levantó de la silla para dirigirse a la redacción del plató. Al llegar a las oficinas se encontró con algo difícil de asimilar en un estudio de informativos; todas las líneas estaban saturadas. Era increíble ver cómo los cinco teléfonos, tanto internos como externos, no dejaban de sonar; en todos ellos se podían ver las luces de llamada en espera. Intentó comunicarse con su casa, pero no hubo suerte, sólo escuchaba un mensaje de la compañía telefónica que indicaba la imposibilidad de realizar la llamada. Salió de las oficinas para dirigirse a los camerinos; en su abrigo tenía el teléfono móvil, ya que nunca lo llevaba en el estudio mientras emitían por si olvidaba silenciarlo. Sacó el celular del bolsillo de la gabardina y marcó los números. Con otra voz, la del operador que tenía contratado, escuchó el mismo mensaje

que oyera en el teléfono anteriormente, y que le indicaba el estado abarrotado de la red.

—Álvaro, ¿estás ahí? —escuchó la voz del operador de cámara desde el otro lado de la puerta.

—Sí.

—Sal, deprisa, Miguel me ha dicho que seguimos con la emisión.

¿No han pasado ni diez minutos y tengo que volver al plató?, pensaba mientras abría la puerta para encontrarse con el técnico parado ante él. Éste parecía escuchar algo por sus auriculares.

—¿Qué ocurre?

—Al parecer, tenemos imágenes. —No hizo falta que dijera nada más.

Álvaro salió del camerino guardando con su mano derecha el móvil en el bolsillo, recorrió la distancia que le separaba del plató y se situó frente a la cámara que le indicaban siempre, como si la cambiaran todas las noches de lugar. Miró a Miguel, que parecía observar una hoja de dirección, como si estudiara su validez, pero Álvaro sabía perfectamente que no era así. Nunca le había hecho falta más que una breve ojeada para quedarse con los cambios o el orden de los elementos del programa. Jamás le había dedicado más de unos escasos segundos, brindados con cierta falta de interés, al guion que ahora escudriñaba con tanta atención, mucho menos para una sesión como ésa, realizada sobre la marcha y sin tiempo para preparar nada más que la pieza que colocarían durante la emisión.

Álvaro miró de nuevo al móvil esperando ver alguna señal en su pantalla; le preocupaba no tener noticias de su mujer. Estaba a punto de intentar una nueva llamada, cuando le indicaron que se colocara en su puesto.

—Acabamos de recibir unas imágenes del lugar en donde se encuentra una de nuestras unidades móviles. — Miguel le indicó con la mano la entrada de la pieza en la imagen, de manera que Álvaro supiera que ya no estaba en el aire. Los dos se giraron a la pantalla que se encontraba a un lado del plató para ver qué se estaba visionando en los hogares de los televidentes.

En la pantalla se pudo ver cómo un hombre uniformado abría fuego sobre alguien que se encontraba al fondo de la transmisión, para volverse después hacia la cámara y dirigirse a los espectadores.

—La capital está tomada, millones de infectados deambulan mordiendo y asesinando a los pocos que quedan en pie en las calles. —Tras el militar se percibía cómo la persona a la que había disparado se ponía de nuevo en pie—. El ejército no cuenta con efectivos suficientes para garantizar la seguridad de los ciudadanos; les pedimos que se dirijan lo más pronto posible al centro de reclutamiento o base militar más cercana a sus domicilios. —Hablaba de manera acelerada y sin mirar directamente a la cámara.

—¡Sargento, se mueve de nuevo! —Anunció una voz fuera del encuadre. Se percibía cierta ansiedad en su tono.

El hombre uniformado que se encontraba en el centro de la imagen se volvió sin dejar de ver al reanimado caminando en su dirección, y levantó su arma en la dirección indicada. El disparo sonó como un trueno.

—¡Hay que destruirles el cerebro o cortarles la cabeza!

Álvaro notó un sudor frío recorriendo su espalda al escuchar aquella frase.

—¡Las afueras están perdidas, los infectados han comenzado a tirar abajo las puertas de las viviendas! —Se veía la preocupación en el rostro del sargento mientras dirigía estas palabras a la cámara, sin atreverse a mirarla directamente—. Por Dios, diríjase cuanto antes a los refugios más cercanos. Y no lo olviden, destruirles el cerebro o cortarles la cabeza.

—¡Sargento! ¡Son miles de ellos! —Tras los gritos de los soldados y el ruido de los furgones, se percibían unos gemidos que helaban la sangre en las venas—. ¡Esos cadáveres no dejan de acercarse!

Comenzaron a escucharse disparos sin que se pudiera ver en el plano su origen. El sargento volvía su arma a una amenaza que por fin era enfocada por el operario, cuando una figura grande y oscura se interpuso en el marco de la imagen. La emisión se cortó repentinamente y de nuevo Álvaro se quedaba en blanco ante la cámara. Pero esta vez no fue a causa de la sorpresa, sino del miedo. Su mujer, sus hijas...

Metió la mano en el bolsillo y tanteó frenético el móvil. Una vez lo tuvo ante sus narices descubrió que nada indicaba que se hubieran intentado poner en contacto. Ni una llamada perdida, ni un mensaje. Un ruido lo sacó de su ensimismamiento, y vio cómo Miguel le hacía señas para que devolviera su atención al programa.

—Perdonen por la interrupción, en unos momentos podremos reanudar la conexión, pero, mientras tanto —no pudo reprimir un suspiro—, no olviden dirigirse a los centros protegidos más cercanos.

De nuevo la señal salía de antena y Álvaro sujetaba su cabeza con las manos, mientras apoyaba los codos sobre la madera. Agradeció el contacto de sus palmas contra las sienes y cerró los ojos sin dejar de pensar en Raquel, la mayor de sus hijas, que antes de que llegara el verano cumpliría nueve años, o en Helena, que aún no contaba los cuatro y seguía sin pronunciar bien una sola palabra. No paraba de pensar en Mónica, su mujer, que normalmente a esta hora estaría a punto de guardar los restos de la cena en el horno, para que conservaran el calor hasta que él llegara. No dejaba de pensar en que la puerta de su casa, rodeada de su pequeña parcelita, estuviera siendo asediada en aquellos precisos momentos o, peor aún, que ya sólo quedara una hoja de madera desvencijada cubriendo débilmente la entrada del viento o de cosas mucho peores al interior de su hogar.

—¿Estás bien? —Era Miguel quien se interesaba por su estado anímico.

—Mi mujer no responde al teléfono.

—Estará en casa de tu cuñada —afirmó para procurar calmarle—, seguro.

—Nunca deja el móvil, lo lleva siempre encima — se reafirmó Álvaro sin levantar la vista. Seguía con los puños en las sienes, sujetando con el derecho el móvil, como si esperara que sonase en cualquier momento. Miguel no supo qué responderle y se quedó callado. Tras lo que pareció una eternidad, Álvaro se levantó de la silla, muy lentamente, para mirar a los ojos por primera vez a su interlocutor en aquel corto diálogo y, tras darse unos segundos para humedecerse los labios, le hizo partícipe de lo que estaba pensando.

—Voy a buscarlas.

—¿Hablas en serio? —acertó a preguntar Miguel.

—Sí. —Rodeó la mesa y se dirigió a su camerino.

—Pero, Álvaro, es una locura, ya has visto las imágenes, y no has visto lo peor. ¡No lo has visto, por Dios!

—¡Tengo que ir con mis hijas! —le gritó convencido.

Miguel se quedó callado unos segundos mientras veía cómo se alejaba su amigo. Se precipitó en su búsqueda, alcanzándolo en la puerta del camerino cuando éste salía de allí, y sujetándole por el antebrazo trató de hacerle desistir desesperadamente.

—Hace un rato que no recibimos señal de las unidades que están en esa zona; no es que no puedan emitir, es que se cortó la comunicación. No puedes ir, Álvaro, es peligroso.

—Razón de más. —Álvaro miró primero la mano de Miguel que le sujetaba, para luego encarar directamente a su realizador, a su compañero, a su amigo.

—Miguel, debo estar con ellas.

—¡Pero es un suicidio!

Parecía que sopesaba el último comentario de su superior mientras dibujaba una sonrisa.

—Dale una oportunidad al nuevo y no seas tan duro con él como lo fuiste conmigo.

Se soltó de la presa que le hacía Miguel y salió por la puerta del estudio. Al cabo de unos minutos, la señal de todas las unidades se había interrumpido. Tras aproximadamente una hora los teléfonos dejaron de sonar. En torno a la media noche la luz del edificio se cortó y sólo la luz de los fuegos daba vida al paisaje que se

afrontaba por las ventanas. Tan sólo se escuchaban
aquellos extraños gemidos.

Sólo esos gemidos.

HIJOS DE EDUARDO

Darío Vilas Couselo, España.

Cuando el teléfono de casa sonó, Cristian estaba viendo Eduardo Manostijeras por quinta vez en esa semana. Su mamá estaba al otro lado, como se había imaginado, haciéndole las advertencias de siempre:

—No comas porquerías, y si vas a poner alguna película en el *deuvedé* que no sea otra vez la del tipo de las cuchillas, que luego sabemos lo que pasa. No se te ocurra tocar las tijeras de la cocina, mira que están de limpiar pescado y Dios sabe qué puedes pillar si te cortas con ellas.

—No mamá, no las toco —le respondió de manera apática, mientras jugueteaba con las mismas tijeras que ella le pedía que no usara y, en la pantalla, Eduardo cortaba el pelo con destreza a una mujer del barrio.

—En un par de horas llegaré a casa, y si te has portado bien te llevaré alguna golosina.

—Vale mamá.

Él no quería golosinas, ni ningún otro juguete que no fuese aquellas fantásticas tijeras, pero como las madres tienen la capacidad de convertir sus advertencias en maldiciones que se cumplen irrevocablemente, en un mal movimiento se clavó la punta de la parte más fina del utensilio en la palma de la mano izquierda. Un pequeño hilo de sangre comenzó a manar con pereza de la herida.

Lo observó curioso durante unos segundos, hasta que se dio cuenta de que varias gotas rojas habían caído ya sobre el sofá. Entonces salió de manera precipitada rumbo a la cocina, puso un trozo de papel absorbente sobre el minúsculo corte y agarró el jabón lavavajillas y un estropajo, dispuesto a eliminar las manchas antes de que su madre las viese. Enseguida sabría por qué estaban allí, y no tenía ganas de escuchar la perorata de siempre, que le quitase el *deuvedé* de su película favorita y le castigase sin consola ni libros.

Para su propia sorpresa, la mancha de sangre salió sin problemas, dejando apenas unos pequeños cercos que al secarse pasarían desapercibidos hasta para la infalible vista de águila (buitre) de su progenitora.

No fue hasta varios minutos después, mientras disfrutaba del mágico final de la película, cuando empezó a notar un agradable cosquilleo en la heridilla.

Apartó el trozo de papel, que inconscientemente todavía mantenía apretado contra la palma de la mano, y se sorprendió al observar que los bordes del agujerillo habían cobrado la forma de unos carnosillos labios que boqueaban con frenesí, como si perteneciesen a alguien que intentaba en vano coger aire, o más bien mamar de una tetina invisible. Ante esta visión, no sintió repulsión ni asco, sino más bien una sensación de bienestar gratificante. Esa boca había sido engendrada por su máspreciado utensilio, por la herramienta que otorgaba a Eduardo la capacidad de atraer y repeler a partes iguales, la fuente de su indudable carisma.

Tras el esfuerzo inicial, finalmente las pequeñas fauces le hablaron. Le pidieron que se fijase en cómo se extendían las raíces de su poder, desde la herida hacia el

resto del cuerpo; pequeñas hebras negras que se iban entremezclando, dejando la piel de un tono pardo pálido a su paso. Le contaron que pronto sería un no muerto, un zombi, y que tendría una misión como primero de la nueva especie, que consistiría en reclutar para la causa a todo aquel que se cruzase en su camino.

Corrió al cuarto de baño, a mirarse en el espejo. La imagen que le devolvió lo dejó extasiado de placer. Su rostro era ahora de un sano color verdoso, con venillas negras que lo adornaban como un hermoso tatuaje tribal. Abrió la boca y comprobó que tenía la lengua negra e hinchada, enmarcada por unos dientes que habían perdido todo su brillo marfileño en beneficio de un amarillo mostaza mucho más atractivo. Cuando uno de sus incisivos calló en la pileta, con un coágulo de sangre pegado, decidió que era mejor mantener la boca cerrada.

Los pequeños labios de su herida continuaron moviéndose y hablándole, describiendo el proceso que ahora se desencadenaba. Le explicaron que debía alimentarse o, de lo contrario, pronto su cuerpo entraría en un proceso vertiginoso de deterioro, y lo que había pasado con su diente podría suceder con brazos, piernas o incluso la cabeza.

Aunque la idea de que su madre llegase a casa y se lo encontrase desmembrado por completo le resultaba morbosamente seductora, Cristian aceptó su nuevo cometido y, empuñando con decisión las tijeras, que enseguida se incrustaron en la carne de su mano, fundiéndose en ella, salió de casa resuelto a cumplir con su destino.

El primero en unirse fue Raúl, su vecino de la casa de al lado. Durante mucho tiempo le había atormentado con sus bromas de mal gusto, llamándole *friki* y amedrentándolo con amenazas y torturas psicológicas injustificadas. Sintió un aguijonazo de placer cuando le ensartó las tijeras por la espalda, rasgándole la piel desde la nuca hasta la mitad de la columna. La sangre, que caía a borbotones, comenzó a volverse verdosa a los pocos segundos, confirmándose así su plena transformación. Cuando se hubo cerciorado de que le acompañaría en su odisea zombi, lo envió a la cocina a por las tijeras de su madre.

Las palabras eran innecesarias entre los dos seres, ya que su nuevo idioma era algo más primitivo, una especie de mentalidad de manada.

En pocas horas habían contagiado a casi todos los niños del vecindario, y Cristian decidió reunir su horda de infantes putrefactos en el descampado de las afueras.

La funesta comparsa atravesó el pueblo, sembrando el pánico entre los vecinos, que observaban horrorizados cómo sus hijos caminaban como autómatas, dejando a su paso pedazos de sus propios cuerpos; señales para encontrar el camino de vuelta, como una versión *gore* de Hansell y Gretell.

Cuando hubieron llegado a su destino, la letanía de quejidos perezosos de los muertos vivientes cesó por completo. Todos centraban su atención en el guía, mientras mantenían un brazo en alto, con las tijeras aferradas, que se habían hundido en las palmas de sus manos hasta adherirse a los huesos.

Allí parado, como líder provisional de la congregación, les explicó que su poder no debía

extenderse a los adultos, que ellos jamás les comprenderían. No obstante, tampoco se podían permitir el lujo de dejarlos con vida y que pudiesen acabar con ellos. Si no continuaban pronto su camino, tarde o temprano comenzarían a pudrirse, mermando su capacidad de desarrollo, lo cual supondría el fin de su misión.

El colectivo consultó la finalidad de la misma, y entonces Cristian les reveló el nombre del que debía liderarlos en el nuevo orden: Eduardo Manostijeras. Unos pocos asintieron, comprendiendo al instante la lógica de aquella revelación, pero otros muchos se miraron entre sí, dubitativos. Entonces, Cristian enfureció, entendiendo que aquellos pobres desgraciados todavía no habían pasado por el sagrado ritual de visualizar la nueva Biblia que había despertado en él el poder con el que ahora les estaba obsequiando de manera desinteresada.

Sin más dilación, tomó rumbo hacia el cine del pueblo, en el cual tenía constancia de que se guardaba con celo la única copia en pantalla grande que había podido disfrutar de la obra suprema en toda su vida.

Y allí, sin prestar atención a su propia descomposición, los niños-zombi presenciaron el milagro del Nuevo Testamento, y al terminar, con las mejillas cubiertas de purulentas lágrimas, se hicieron la promesa de encontrar a aquel Mesías de cabello desordenado que había sido bendecido con el don en sus manos desde su propia concepción.

